

Raíces ignacianas de una pedagogía de la fraternidad: en lo grande y en lo pequeño

Ricardo Moscato¹

Marzo 2021

*“Non coerceri a maximo contineri tamen a minimo, divinun est”
(“No amilanarse por lo grande y, sin embargo,
tener en cuenta hasta lo más pequeño eso es de Dios”)
«Ojalá que al final ya no haya 'los otros',
sino sólo un 'nosotros'» (Francisco, FT, 35)*

En un contexto marcado por una crisis global agudizada por la pandemia, la Encíclica *Fratelli tutti*, en su llamado urgente a la fraternidad y amistad social, confirma a las comunidades educativas la necesidad de profundizar una Pedagogía de la Fraternidad como núcleo formativo desde un horizonte de esperanza para nuestros jóvenes. *Fratelli tutti* toma su título de una cita de San Francisco: *Todos hermanos*. Así, nos señala una fraternidad con todos los seres humanos - en particular con los enfermos, los descartados, los últimos, más allá de las distancias de origen, nacionalidad, color o religión- y también con toda la creación (FT, 1-3). La mirada es, por tanto, global, universal, en plena sintonía con *Laudato si'*.

Fratelli tutti nos convoca una fraternidad abierta, que permite que cada persona sea reconocida, valorada y amada más allá de la proximidad física, más allá del lugar donde nació o donde vive. Como cristianos, la fidelidad al Señor es siempre proporcional al amor a los hermanos. Y esta proporción es un criterio fundamental en la encíclica: no se puede decir que se ama a Dios si no se ama al hermano. *"Porque el que no ama a su hermano que ve, no puede amar a Dios que no ve" (1 Jn 4, 20)*. Como nos dice San Ignacio *“el amor se expresa más en obras que en palabras”*

¹ Licenciado en Ciencia Política. Profesor universitario. Ex rector del Colegio del Salvador (Buenos Aires. Argentina)

Como luz en el camino entre “las sombras de un mundo cerrado” nos convoca al desarrollo de una pedagogía, de una mediación educativa para “encarnarse” y dar fruto. En esa dirección *el Pacto Global Educativo* propuesto por el papa Francisco concreta los principales ejes de una revalorización y renovación de la educación como camino existencial de un nuevo humanismo: “*Conocemos el poder transformador de la educación: educar es apostar y dar al presente la esperanza que rompe los determinismos y fatalismos con los que el egoísmo de los fuertes, el conformismo de los débiles y la ideología de los utópicos quieren imponerse tantas veces como el único camino posible*” “*Educar es siempre un acto de esperanza que invita a la coparticipación y a la transformación de la lógica estéril y paralizante de la indiferencia en otra lógica distinta, capaz de acoger nuestra pertenencia común*”. Y nos invita a un renovado compromiso de toda la comunidad “*Hoy es necesario un nuevo periodo de compromiso educativo, que involucre a todos los componentes de la sociedad. Escuchemos el grito de las nuevas generaciones, que manifiesta la necesidad y, al mismo tiempo, la oportunidad estimulante de un renovado camino educativo, que no mire para otro lado, favoreciendo graves injusticias sociales, violaciones de derechos, grandes pobreza y exclusiones humanas*” (Pacto Global educativo)

En esta perspectiva, identificar las raíces ignacianas de ambas iniciativas de Francisco nos ayudará a recuperar y profundizar el camino recorrido, confirmando a las comunidades educativas como espacios pertinentes para la misión de reconciliación y justicia propia de la Compañía de Jesús con el aporte de una pedagogía de la fraternidad desde nuestro carisma. Para ello, siguiendo los pasos del paradigma pedagógico ignaciano, nos hace mirar con profundidad el contexto, revisar nuestras experiencias, reflexionar y provocar acciones evaluando el camino recorrido en la dinámica del MAGIS.

Como recuerda el reciente documento “*Colegios jesuitas, una tradición viva para el Siglo XXI*”, se trata de continuar y profundizar el diálogo que iniciaron los primeros jesuitas, diálogo que es discernimiento como camino “*para proceder a una respuesta a nuestro contexto histórico, nuestras raíces y nuestra identidad. Somos conscientes como nunca antes de la siempre cambiante naturaleza de la historia, la celeridad del cambio y los muchos desafíos que enfrentamos. Sin embargo, también estamos llamados a re-descubrir que nuestra herencia ignaciana nos suministra los instrumentos adecuados para encontrar a Dios en este contexto y continuar ofreciendo una educación de calidad en la tradición*”

humanista jesuita para preparar estudiantes como agentes de cambio al servicio del bien común”

El actual contexto histórico nos urge y desafía en nuestra fidelidad creativa. Como dice Francisco en la convocatoria al Pacto global educativo *“Si los espacios educativos hoy se ajustan a la lógica de la sustitución y de la repetición; y son incapaces de generar y mostrar nuevos horizontes, en los que la hospitalidad, la solidaridad inter generacional y el valor de la trascendencia construyan una nueva cultura, ¿no estaremos faltando a la cita con este momento histórico?”*

Asimismo, en el año ignaciano en que recordamos los 500 de la conversión, nos interroga en nuestra formación y nos hace revisar nuestros itinerarios formativos, nuestras propias “conversiones” a un nuevo estilo de vida y a un nuevo modelo solidario de desarrollo integral. *“También somos conscientes de que un camino de vida necesita una esperanza basada en la solidaridad, y que cualquier cambio requiere un itinerario educativo, para construir nuevos paradigmas capaces de responder a los desafíos y emergencias del mundo contemporáneo, para comprender y encontrar soluciones a las exigencias de cada generación y hacer florecer la humanidad de hoy y de mañana. Por tanto, la educación se propone como el antídoto natural de la cultura individualista, que a veces degenera en un verdadero culto al yo y en la primacía de la indiferencia. Nuestro futuro no puede ser la división, el empobrecimiento de las facultades de pensamiento e imaginación, de escucha, de diálogo y de comprensión mutua. Nuestro futuro no puede ser este.”* (Pacto Global Educativo)

En lo grande y en lo pequeño, raíz ignaciana de una Pedagogía de la Fraternidad

El llamado elogio sepulcral ignaciano, atribuido a una publicación en ocasión de los 100 años de la Compañía de Jesús, expresa una auténtica raíz ignaciana del modo de sentir las cosas de Dios y desde el corazón de Dios, aplicable a una Pedagogía de la fraternidad. Lo rescataba el entonces P. Jorge Bergoglio S.J., en un artículo de 1981 en el Boletín de Espiritualidad de la Provincia Argentina, como clave de discernimiento del liderazgo espiritual: lo grande y lo pequeño como dimensiones en tensión de una espiritualidad encarnada y activa como la ignaciana y en clave de en “todo Amar y servir”. Esta raíz ignaciana de “modo de sentir y proceder” nos invita a superar la frecuente brecha entre el

ideal y la realidad, entre la fraternidad como valor y su práctica social, entre los idearios institucionales y lo que realmente sucede en el aula de clase, entre el discurso y la vida cotidiana de los alumnos. Lo expresó claramente el P. Kolvenbach: *“El ideal apostólico, sin embargo, tiene que expresarse en programas prácticos y en métodos apropiados al mundo real de las aulas. Una de las características de San Ignacio que se manifiesta en los EE, en la parte cuarta de las Constituciones y en muchas de sus cartas es su insistencia en combinar al mismo tiempo los ideales más elevados y las maneras más concretas de llevarlos a la práctica. Una intuición sin medios prácticos apropiados suena a ilusión estéril, pero los métodos prácticos sin visión unificadora se quedan en moda de un día o herramientas inútiles”* (Discurso *La Pedagogía Ignaciana, hoy*, Villa Cavalletti, 1993)

Se trata de integrar lo grande de los valores de fraternidad y amistad social, con lo pequeño de las mediaciones pedagógicas y de sus mejores prácticas. Lo grande del sueño del nosotros *“llamados a una fraternidad abierta, que permite reconocer, valorar y amar a cada persona. Para ello pedimos un corazón sin confines, capaz de ir más allá de las distancias de procedencia, nacionalidad, color o religión”* (FT). Con lo pequeño de la artesanía cotidiana en vínculos *“con y para los demás”*, con lo pequeño de auténticas comunidades de vida que comparten una existencia espiritual y fraterna, frente a las variadas formas de la cultura de la muerte. Comunidad de vida que responda a nuestra sed de encuentro como antídoto contra el pesimismo estéril y el consumismo egoísta. Vida *“en salida”* desde una mirada que ve lo mejor de cada uno, lo más auténtico y noble, ya que educar es un proceso que va de lo más imperfecto a lo más pleno.

Lo grande de la construcción de una cultura del encuentro desde lo pequeño cotidiano superando el individualismo en nuestras instituciones educativas, aprendiendo a recibir de todos, especialmente de los más pobres, rompiendo el esquema de que algunos dan y otros reciben, ya que todos damos y recibimos. Caminando del yo aislado y de *“individualismos de grupos”* a lo comunitario, ya que la identidad y pertenencia se alimenta de experiencias solidarias de comunión: convivir, concelebrar, colaborar, y compartir. La fraternidad el valor que une lo individual y lo colectivo y nos desafía a la calidad de vida comunitaria superior a la del pasado. *“Es un fuerte deseo del bien, una inclinación hacia todo lo que sea bueno y excelente, que nos mueve a llenar la vida de los demás de cosas bellas, sublimes, edificantes* (FT, 112)

Lo grande de una educación ignaciana *“donde los jóvenes puedan encontrar a Dios en la vivencia de los Ejercicios Espirituales y en el discernimiento; logren caminar junto a los pobres en misión de reconciliación y justicia; se sientan acompañados en la creación de un futuro esperanzador y colaboren en el cuidado de la casa común”* (P. Arturo Sosa). Lo grande *“del fin último que es el crecimiento integral de la persona que conduce a la acción, una acción empapada del espíritu y la presencia de Jesucristo, el Hombre para los demás»*(Características,167) Con lo pequeño del acompañamiento del proceso de crecimiento y maduración: *“Los jóvenes, hombres y mujeres que estudian en un centro de la Compañía, no han conseguido todavía su plena madurez; el proceso educativo reconoce el desarrollo y el crecimiento intelectual, afectivo y espiritual y ayuda a cada estudiante a ir madurando gradualmente en todos estos aspectos. Así, el Plan de Estudios está centrado en la persona más que en la materia que hay que desarrollar»* (Características, 42)

Integrar lo pequeño de una verdadera articulación curricular desde una visión humanista con lo grande de un nuevo modelo educativo, haciendo de nuestras instituciones espacios de investigación pedagógica y verdaderos laboratorios de innovación didáctica como nos dice el P. Arturo Sosa. Lo pequeño de un paciente trabajo en red, compartiendo experiencias para una pedagogía de la fraternidad que recorra el camino de la pedagogía ignaciana desde prácticas innovadoras de integración curricular, con lo grande del diálogo fe y cultura.

Lo grande y lo pequeño encierra también la tensión entre lo fuerte y lo débil. El discernimiento nos permite identificar una “fuerza mala” encerrada en la autosuficiencia excluyente y la “buena fuerza”, como fortaleza ante la adversidad, perseverancia ante las dificultades, creatividad ante lo impensado. Asimismo, nos permite reconocer una “debilidad buena” que se deja ayudar, acepta al otro distinto y nos hace humildes y una “debilidad mala”, que hace de ella un impedimento para alimentar sentimientos negativos de frustración, parálisis y tristeza. Lo grande y lo pequeño, lo fuerte y lo débil forman parte de la concepción espiritual ignaciana de la vida que supera los paradigmas funcionalistas y nos da criterios de reflexión y acción. Una pedagogía de la fraternidad de raíz ignaciana busca inspirar y motivar, sin exigir ni más ni menos que lo necesario y en el momento oportuno, en el “kairós”, cuando esa exigencia pueda convertirse en gracia tanto en cada persona como en la comunidad. Significa respetar procesos y no maltratar los límites desde un idealismo

abstracto sin medios prácticos. Como dice el papa Francisco en *Evangelii Gaudium*: “*La realidad es superior a la idea. La realidad simplemente es, la idea se elabora. Entre las dos se debe instaurar un diálogo constante, evitando que la idea termine separándose de la realidad...La idea, las elaboraciones conceptuales, está en función de la captación, comprensión y conducción de la realidad... .la idea desconectada de la realidad origina idealismo y nominalismos ineficaces, que a lo sumo clasifican o definen, pero no convocan. Lo que convoca es la realidad iluminada por el razonamiento...El criterio de realidad, de una Palabra ya encarnada y siempre buscando encarnarse, es esencial a la evangelización...Por otro lado, ese criterio nos impulsa a poner en práctica la Palabra, a realizar obras de justicia y caridad en las que esa Palabra sea fecunda...*” (Cap. 4)

Implica que los proyectos y programas que asuman una Pedagogía de la Fraternidad no la vulneren, reduciéndola a una planificación sin alma en un itinerario formal. Asimismo, es necesario ubicar dicha pedagogía en el horizonte de la espera fecunda y activa: “*creer que Dios es más grande que uno mismo, que el mismo espíritu nos gobierna (EE 365) que es el dueño quién hace crecer la semilla.... y en El solo poner la esperanza (Constituciones 812)*”. Una pedagogía de la fraternidad a la cual no le asusta el horizonte de los grandes deseos y sueños y que, sin embargo, no se siente despreciando las pequeñas cosas cotidianas que la concretan. Que, como nos exhortaba la CG36, “*En este mundo nuestro, que conoce tanta división, pedimos a Dios que ayude a nuestras comunidades a ser verdaderos "hogares" para el Reino de Dios. Nos sentimos llamados a superar lo que nos separa. La sencillez de vida y un corazón abierto ayudan a que nos preocupemos unos por otros*” (Congregación General 36 de la Compañía de Jesús, 2016)

Lo grande y lo pequeño en la educación en la fe, en la profundidad intelectual, en la reconciliación, en el cuidado de la casa común y en la ciudadanía global desde el modo de proceder de la pedagogía ignaciana. Así, para acompañar esta pedagogía, un educador ignaciano valora “lo pequeño desde los grandes horizontes del reino” y desde allí anima el crecimiento de la comunidad fraternal. Nos urge aprender a superar reduccionismos y espejismos coyunturales desplazando lo accesorio para asumir la realidad, sus problemas y su transformación. Implica hacer una “pausa ignaciana”, tomar conciencia, revisando las prácticas, los comportamientos, las actitudes, el sentido de lo que hacemos y ponerlo en diálogo, en red fraternal, aprendiendo unos de otros. Implica “*El arte del acompañamiento*

para que todos aprendan siempre a quitarse las sandalias ante la tierra sagrada del otro (Ex, 3,5). Tenemos que darle a nuestro caminar el ritmo sanador de la proximidad, con una mirada respetuosa y llena de compasión pero que, al mismo tiempo, sane, libere y aliente a madurar en la vida cristiana” (Evangelii Gaudium, Cap.3, 169)

En la dinámica de *Fratelli tutti*, reconocemos esta tensión entre lo grande y lo pequeño. Para no quedarnos en las abstracciones de los “grandes ideales”, el Papa propone empezar en las pequeñas cosas que nos rodean, o en lo que hacemos cotidianamente, revisando nuestro estilo de vida. Explica que a medida que nos vamos comprometiendo con esas pequeñas cosas, empezamos a imaginar otra manera de vivir juntos, de servir a otros. Podemos empezar a soñar un cambio real, posible y deseable. “*Soñemos como una única humanidad*” (FT. 8), con los pies en la tierra, para convertir en algo normal el amor, y no el odio; la solidaridad, no la indiferencia; la cultura del cuidado, no la cultura del descarte. Una condición necesaria para orientar con fecundidad y dirección este cambio es ir a la periferia, mirar la realidad desde los últimos. Enfrentar los rostros que nos duelen en espacios de exclusión y sufrimiento, pero también de posibilidades y creatividad que abren futuro.

Como en la Contemplación para alcanzar amor de los EE, *Fratelli tutti* nos invita a mirar al futuro con realismo, sin hacerse falsas ilusiones, pero sin renunciar a las posibilidades de mayor justicia e inclusión. Es la esperanza enraizada en lo profundo del ser humano, independientemente de las circunstancias concretas y los condicionamientos históricos en que vive. Para el Papa no es simple optimismo sino “*una sed, de una aspiración, de un anhelo de plenitud, de vida lograda, de un querer toca lo grande, lo que llena el corazón y eleva el espíritu hacia cosas grandes, como la verdad, la bondad y la belleza, la justicia y el amor*” (FT .55).

Una Pedagogía de la Fraternidad es una pedagogía de valores evangélicos

Lo grande de la fraternidad y su concreción en lo pequeño y cotidiano de una pedagogía de los valores, a través de nuestros itinerarios formativos, tiene raíces ignacianas. El PEC (*Proyecto educativo común para América Latina*), hace ya más de quince años, planteaba como eje de nuestra propuesta educativa integral el testimonio profético de los valores del Evangelio, frente a las corrientes e ideologías que deshumanizan y excluyen.

Así, una pedagogía de la fraternidad tiene como fundamento la persona humana “imagen y semejanza de Dios”, valor supremo por encima de cualquier “valor abstracto”. Es la pedagogía de la encarnación, de los pobres, marginados y sencillos ya que “Dios *eligió lo que el mundo tenía por necio para confundir a los sabios*”. Es la pedagogía de la acción y la experiencia cuya potencia atractiva rompe la indiferencia.

Recuperamos entonces como raíz ignaciana estos valores evangélicos y humanizantes:

- Amor, en un mundo egoísta e indiferente.
- Justicia, frente a tantas formas de injusticia y exclusión.
- Paz, en oposición a la violencia.
- Honestidad, frente a la corrupción.
- Solidaridad, en oposición al individualismo y a la competencia.
- Sobriedad, en oposición a una sociedad basada en el consumismo.
- Contemplación y Gratuidad, en oposición al pragmatismo y al utilitarismo.

El P. Kolvenbach explicaba su impacto educativo en el marco de la formación integral: *“Los valores tienen tres puntos de anclaje. En primer lugar, están anclados en la cabeza. Yo percibo, veo las razones por las cuales algo tiene valor y estoy intelectualmente convencido que la cosa vale. Los valores están también anclados en el corazón. No solo la lógica de la cabeza, sino también el lenguaje del corazón me dice que algo es valioso, de tal forma que no solo soy capaz de percibir algo como valioso, sino que también quedo afectado por el valor que representa. ” Donde está tu tesoro está tu corazón” Cuando la cabeza y el corazón están interesados, la persona está interesada. Esto nos lleva al tercer punto de anclaje, a saber “las manos”. Los valores conducen, y ello de forma necesaria, a decisiones y acciones. El amor se muestra con obras, no con palabras”*

Los valores deben ser "des-cubiertos" por los estudiantes. Es necesaria la mediación pedagógica, el acompañamiento personal que contribuye a "de-velar" la realidad propuesta desde la situación concreta de cada alumno. El marco es la comunidad educativa que acompaña el proceso de maduración de la percepción a la conciencia. El primer paso es el reconocimiento: darle el nombre al valor y al contravalor, reconocerlo presente en nuestras vidas. El segundo paso es el discernimiento y el tercer paso es la decisión. Los valores se perciben, ponderan y el hábito de elegirlos crea actitudes morales. Es un proceso permanente

porque como dice Benedicto XVI en *Spe Salvi*: “*En el ámbito de la conciencia ética y de la decisión moral no existe una posibilidad similar de incremento como en lo material por el simple hecho de que la libertad del ser humano es siempre nueva y tiene que tomar siempre de nuevo sus decisiones. La libertad presupone que en las decisiones fundamentales cada hombre, cada generación tenga un nuevo inicio.* Ahora, en estos tiempos alterados de pandemia y crisis profunda nos toca a nosotros dar el testimonio de fraternidad desde los valores evangélicos, *Fratelli tutti* destaca especialmente el valor de la solidaridad como “*virtud moral y actitud social fruto de la conversión personal que exige el compromiso de todos aquellos que tienen responsabilidades educativas y formativas*” (FT 114)

Sabemos que la relación docente-alumno no puede forzarse. La decisión final es del alumno. El acompañamiento cuida el ejercicio de la libertad, valor típicamente ignaciano. Es la formación de la autonomía personal. La institución educativa debe ser un espacio propicio para desarrollarla con conciencia y compasión. El P. Kolvenbach lo dice, en otras palabras, en su discurso *La Pedagogía Ignaciana Hoy* (1993) “*Hoy comenzamos a comprender que la educación no humaniza o cristianiza automáticamente... Resulta cada vez más claro que, si queremos ser una fuerza moral en la sociedad, tenemos que procurar que el proceso educativo se desarrolle en un contexto moral. Esto no supone un plan de indoctrinación que sofoque la mente, ni se traduce en cursos teóricos que llevarían a una lejana especulación. Lo que hace falta es un marco de búsqueda que posibilite el proceso de afrontar los grandes temas y los valores complejos*”.

Hay un largo camino recorrido desde la espiritualidad y pedagogía ignaciana de nuestras instituciones y de las personas que la integran, contextualizadas en nuestras sociedades, asumiendo creativamente los valores. En una dinámica de auto evaluación nos preguntamos especialmente por la fraternidad, que incluye los valores evangélicos explicitados por el PEC. ¿Cómo habilitamos una educación lo más universal en el sentido de amplitud de pertenencia y responsabilidad? ¿Cómo fortalecemos la acción y la compasión por los más pobres y excluidos de nuestra sociedad, los rostros que nos interpelan? Es preguntarnos por la calidad y profundidad de las mediaciones pedagógicas y didácticas en diálogo con la realidad de nuestros alumnos y familias, por la calidad de las experiencias fundamentales para sentir, “dejarse afectar” y actuar en consecuencia, en la dinámica de la parábola del Buen Samaritano que nos trae *Fratelli tutti*. Es preguntarnos por la solidaridad

como servicio *“El servicio es en gran parte cuidar la fragilidad. Servir significa cuidar a los frágiles de nuestras familias, de nuestra sociedad, de nuestro pueblo.... Nunca el servicio es ideológico ya que no se sirve a ideas, sino que se sirve a personas” (FT115)*

Nuevamente, podemos mirar desde lo grande y lo pequeño. Desde lo grande de los valores y desde lo pequeño del acompañamiento de itinerarios formativos para provocar una experiencia de iniciación existencial, de un “ejercitarse frecuente” para que puedan, por propia cuenta, “sentir y gustar de las cosas internamente”. Es un paso donde no se puede ser sustituido ni abandonado, que necesita de acompañamiento, de una experiencia asistida, mediada por el formador. Acompañamiento personalizado, personal y grupal que, como en los EE, se refuerza toda una serie de verbos reflexivos que indican una acción que recae en el mismo sujeto: disponerse (EE 18), corregirse (EE 24), “reflexionar en mí mismo” (EE114)

La visión compartida del humanismo cristiano

En esta búsqueda de raíces ignacianas cabe señalar una visión compartida del humanismo cristiano. El papa Francisco nos invita a renovarlo con sentido social y comunitario. Tiene los ecos del humanismo social que el P. Pedro Arrupe anunciaba proféticamente con la formación de hombres para los demás, ya que educar es, ante todo, humanizar, y la acción educativa es, ante todo, una acción humanizadora: *“¿qué es humanizar el mundo sino ponerlo al servicio de la humanidad? El egoísta no solo no humaniza la creación material, sino que deshumaniza las mismas personas. Las transforma en cosas al dominarlas, explotarlas y apropiarse el fruto de su trabajo. Lo trágico es que, al hacerlo, el egoísta se deshumaniza a sí mismo. Se somete a las posesiones que ambiciona, se hace su esclavo, deja de ser persona con dominio de sí y se convierte en no-persona, una cosa gobernada por sus ciegos deseos y objetivos.”*

Asimismo, el P. Kolvenbach anunciaba en la presentación de la Pedagogía Ignaciana un humanismo con sentido social como núcleo formativo de nuestras instituciones educativas; y el P. Adolfo Nicolás lo completaba con la necesidad de profundidad y universalidad en nuestra propuesta educativa. Esta visión antropológica y este paradigma educativo ignaciano, auténticas raíces de la fraternidad, está expresado en los grandes documentos educativos *Características de la Educación de la Compañía de Jesús* (1986) *Pedagogía Ignaciana, un planteamiento práctico* (1993), recientemente *Colegios jesuitas*

una tradición viva en el Siglo 21 (2019) y desde las Preferencias Apostólicas universales de la Compañía de Jesús (2019)

Nuestra visión ignaciana se basa en la antropología cristiana. Desde la "Encarnación", una propuesta humanizadora y santificadora expresa un modo de proceder que implica "visión con medios prácticos". La educación es una tarea antropológica fundamental para el desarrollo de la persona humana. La educación es integral superando los reduccionismos, es integradora al denunciar los sectarismos, es exigente contra la mediocridad, es solidaria contra el individualismo, es comunitaria contra la fragmentación

El hombre es una *creatura* dotada de una dignidad trascendente. Su dignidad proviene de ser hijo de Dios y redimido por Cristo quien se encarnó en la naturaleza humana. La *filiación divina* se articula y se proyecta en la *fraternidad* con el resto de los hombres y mujeres, sus prójimos. Es trascendente porque va *más allá* de sí mismo. Es trascendente a las demás personas, en la construcción de la fraternidad de la comunidad social, y hacia Dios. Sin ese fundamento divino, el hombre es un ser intrascendente. Como dice el P. Arturo Sosa *“La comprensión cristiana del ser humano insiste en que nadie puede ser verdaderamente humano aislado, fuera de una vida de relación con otros seres humanos. No existe lo humano en soledad. Lo humano es el vivir de los seres humanos los unos con los otros. La antropología bíblico-cristiana parte de que el ser humano, todo ser humano, es creado a imagen y semejanza de un Dios que es Trino, es decir, de un Dios que es, en sí mismo, comunidad de Amor, que es sí mismo, comunicación, comunión...El ser humano, por tanto, sólo puede realizarse como ser humano en la red de relaciones con otros seres humanos. Por su vez, la comunidad, como red de relaciones que es, se forma, alimenta y enriquece desde la interrelación de individuos con características propias, pero todos con el elemento común, constitutivo e irrenunciable de la relacionalidad”*

Significa compartir una visión del mundo, que el documento *“Colegios jesuitas, una tradición viva en el Siglo XXI”* describe así: *“Al comenzar la segunda semana de Ejercicios, San Ignacio invita al ejercitante a mirar el mundo con la Trinidad -el Dios que crea, ama y nos sostiene. Como educadores contemplamos la mirada de la Santísima Trinidad a nuestro mundo. Vemos la energía de la juventud clamando por una vida mejor. Vemos personas disfrutando de la belleza de la creación y luchando por encontrar a Dios en sus actividades*

diarias. Observamos un crecimiento rápido en lo científico, tecnológico y económico; vemos mucho potencial para mejorar la vida en la tierra. Pero también somos testigos de la violencia, la explotación brutal y la injusticia. Intolerancia religiosa y étnica, fundamentalismo y discriminación que hieren la dignidad humana, desigualdades exacerbadas y muchos socialmente marginados, en particular mujeres y niños. Severo desequilibrio y degradación ambiental, empeorado por la cultura del descarte, que conduce a un planeta envenenado y contaminado. La espiritualidad ignaciana pone las polaridades en tensión en este bello pero sufriente mundo: contemplación y acción, derechos y responsabilidades. La educación jesuita se centra en educar a los estudiantes para compartir la perspectiva de la Trinidad mirando al mundo y buscando hacerlo más amoroso y justo”.

Es una espiritualidad y antropología integradora: “todo, todas las cosas”. Una mirada que integra, aprende a “com-poner”, “conciliar contrarios” realizando pequeñas síntesis, semillas de mayores: eficacia y gratuidad, racionalidad y afectividad, esfuerzo personal y trabajo en equipo, exigencia y contención, resultados y frutos, lo intrapersonal y lo interpersonal, lo local y lo global. Y frente a un mundo cerrado, fortalece la educación de la mirada en “la indiferencia ignaciana”, que nos ofrece una distancia para una suprema cercanía: “tanto ha de usar de ellas quanto le ayudan para su fin y tanto debe quitarse de ellas, quanto para ello le impiden” (EE, 23,4 Principio y Fundamento).

La mirada que propone San Ignacio en la contemplación de la Encarnación es positiva: Dios, contemplando el mundo, toma una decisión esperanzadora: “*hagamos redención*”. Le cabe, a una Pedagogía de la Fraternidad mostrar el contexto personal, comunitario y global en lo positivo, provocando gratitud por la creación de Dios. Pero también en la dimensión de dolor e injusticia, de pobreza y exclusión. La crisis desarrollada a partir de la pandemia puso en evidencia graves problemáticas previas, las hizo más visibles y las expandió. Las consecuencias de la emergencia sanitaria se sobreimpusieron sobre las realidades económicas-sociales preexistentes de desigualdad, pobreza, riesgo ambiental, exclusión. Vivimos el límite y fragilidad del paradigma tecnocrático y un modelo global de desarrollo: un mundo roto con una aceleración de crisis emergentes.

Como “signo de los tiempos”, confronta a toda la humanidad con la exigencia de encontrar una nueva sabiduría de vida, fundada en la fraternidad, en el cuidado de más

débiles, en la sostenibilidad de la Casa Común. *“La actual pandemia comprueba las dramáticas consecuencias de la fragmentación y la indiferencia y hace evidente que “nadie se salva solo”. Si algo hemos podido aprender en todo este tiempo, es que nadie se salva solo. Las fronteras caen, los muros se derrumban y todos los discursos integristas se disuelven ante una presencia casi imperceptible que manifiesta la fragilidad de la que estamos hechos. En este tiempo nos hemos dado cuenta de la importancia de “unir a toda la familia humana en la búsqueda de un desarrollo sostenible e integral” (LS). Cada acción individual no es una acción aislada, para bien o para mal, tiene consecuencias para los demás, porque todo está conectado en nuestra Casa común. Es el Señor quien nos volverá a preguntar “¿dónde está tu hermano?” (Gn, 4, 9) y, en nuestra capacidad de respuesta, ojalá se revele el alma de nuestros pueblos, ese reservorio de esperanza, fe y caridad en la que fuimos engendrados y que, por tanto tiempo, hemos anestesiado o silenciado. (Francisco. La vida después de la pandemia)*

Fratelli tutti lo expresa en el capítulo primero “las sombras de un mundo cerrado” para concluir en un llamado a “caminar en la esperanza” *“A pesar de estas sombras densas que no conviene ignorar quiero hacerme eco de tantos caminos de esperanza. Porque Dios sigue derramando en la humanidad semillas de Bien” (FT, 54)*

Por el camino del discernimiento, la respuesta de la fraternidad

La espiritualidad ignaciana nos regala el discernimiento para descubrir un Dios en movimiento, que *“trabaja y labora por mí en todas las cosas creadas sobre la faz de la tierra (EE 236). Para ello estamos invitados a “salir del propio amor, querer, e interés” (EE 149), educando en una nueva sensibilidad que nos haga disponibles para ver su acción en el mundo y contribuir, como nos exhorta San Pablo, a “vencer el mal con el bien” (Rm12, 21) y “hacerlo con dulzura y respeto” (1 Pe-.3, 16). El discernimiento constituye un elemento clave de la espiritualidad ignaciana, que es una espiritualidad para la vida, en condiciones siempre de movilidad. “Busca el mejor servicio en cada circunstancia. No se quiere conformar con lo poco, sino dar lo mejor de la persona, animada por una gran generosidad y creatividad. Pretende buscar y hallar la voluntad de Dios, para cumplirla por entero. El discernimiento, aunque incluya la razón y la prudencia, las supera, porque se trata de entrever el misterio del proyecto único e irrepetible que Dios tiene para cada uno [...]. La*

formación de la conciencia permite que el discernimiento crezca en hondura y en fidelidad a Dios: «Formar la conciencia es camino de toda una vida, en el que se aprende a nutrir los sentimientos propios de Jesucristo, asumiendo los criterios de sus decisiones y las intenciones de su manera de obrar» (Francisco)

Nos recuerda Benjamín González Buelta que San Ignacio, en las Contemplaciones de la Encarnación y del Nacimiento de Jesús, nos enseña a unir el más crudo realismo de la historia con la acogida más íntima y gozosa de la cercanía salvadora de Dios. *"no quedamos encerrados en la confrontación y dureza del mundo, sino que ahí mismo, en el fondo de nuestra fragilidad contemplamos como se nos revela la presencia frágil de Jesús, el compromiso sorprendente de Dios con nosotros "Dios, la plenitud total, quiso habitar en Jesús para por su medio reconciliar consigo el universo (Col, 1, 19-20)"*

Ignacio estaba convencido que el mundo está lleno del espíritu de Dios, trabajando por nosotros, como Creador y Redentor. De ahí el deseo de “encontrar a Dios en todas las cosas”, de descubrir su bondad, aun en medio de la maldad humana. Desde esta experiencia contemplativa puede nacer en nosotros una sensibilidad nueva para contemplar el mundo actual. Sin esta nueva sensibilidad no podremos asumir estos valores, especialmente la fraternidad, no podremos percibir "los brotes de vida nueva" aún en medio de cualquier esclavitud. Desde los valores vivenciados y luchados estamos invitados a un encuentro íntimo y personal con Dios en medio de la historia y a un compromiso activo por esa novedad que Dios va haciendo surgir en nosotros.

Ante este mundo roto la respuesta es la fraternidad. Antonio Spadaro SJ sostiene que *“La fraternidad así entendida trastoca la lógica del apocalipsis que impera hoy; una lógica que lucha contra el mundo porque cree que este es lo contrario de Dios, es decir, un ídolo, y por tanto debe ser destruido lo antes posible para acelerar el fin de los tiempos. Frente al abismo del apocalipsis, ya no hay hermanos: solo apóstatas o "mártires" en una carrera "contra" el tiempo. No somos militantes ni apóstatas, sino todos hermanos. Resuena una antropología cristiana de la “bondad de la creación” y de la presencia de Dios en todo para en todo amar y servir”*

Como recuerda el papa Francisco en *Evangelii Gaudium*, “el tiempo es superior al espacio” atravesando la tensión entre plenitud (horizontes) y límite (realidades, coyunturas).

Desde la educación sabemos lo que significa sembrar sin obsesionarse por resultados inmediatos, iniciar procesos más que ocupar espacios. Significa apostar a la bondad del trigo, aunque la cizaña aparezca en los espacios. Tomar en serio al otro exige tiempo y paciencia ante situaciones difíciles e imprevistas. Por eso, sostiene Spadaro: *“La hermandad no quema el tiempo ni ciega ojos y almas. En cambio, ocupa tiempo, pide tiempo. El de la pelea y el de la reconciliación. La hermandad “desperdicia” el tiempo. El apocalipsis lo quema. La hermandad requiere el tiempo del aburrimiento. El odio es pura emoción. La hermandad es lo que permite que los iguales sean personas diferentes. El odio elimina lo diferente”*

Como dice Francisco: *“Dios se manifiesta en una revelación histórica, en el tiempo. Es el tiempo el que inicia los procesos, el espacio los cristaliza. Dios se encuentra en el tiempo, en los procesos en curso. No hay que dar preferencia a los espacios de poder frente a los tiempos, a veces largos, de los procesos. Lo nuestro es poner en marcha procesos más que ocupar espacios. Dios se manifiesta en el tiempo y está presente en los procesos de la historia. Esto nos hace preferir las acciones que generan dinámicas nuevas. Y exige paciencia y espera”*.

El camino de una Pedagogía de la Fraternidad: educar la mirada, acompañamiento, profundidad y cercanía con los más pobres

La fraternidad cambia la perspectiva, nos hace salir del encierro y se convierte en un mensaje contundente con valor político: todos somos hermanos y, por tanto, todos somos ciudadanos con iguales derechos y deberes, bajo cuya sombra todos gozamos de justicia. La hermandad es entonces la base sólida para vivir la "amistad social", es una hermandad sin fronteras que replantea la formación ciudadana con perspectiva global. Desde una Pedagogía de la Fraternidad significa pasar de la pedagogía del individualismo narcisista reducida a lo placentero y lo útil, a la pedagogía social del ser con y para los demás, especialmente con los más pobres y excluidos. Implica profundizar el camino de educar en una nueva sensibilidad, en la compasión y la solidaridad como el Buen samaritano. Significa pasar desde la pedagogía del sentimentalismo amable, a la pedagogía del acompañamiento responsable y creativo que abre miradas, fortalece la voluntad y nos hace crecer en un amor social y político al servicio de la fraternidad. Es profundizar el camino de educar en el discernimiento de afectos y la madurez emotiva para un compromiso sólido. Significa superar la pedagogía de la

superficialidad cognitiva con una pedagogía de la profundidad y de la reflexión para la acción transformadora de la sociedad. Es tomar conciencia: conocer los condicionamientos que pueden distorsionar la percepción y la comprensión de la realidad, educar en competencias intelectuales en calve integral.

Para una Pedagogía de la Fraternidad, es necesario educar nuestra mirada en una nueva sensibilidad contemplativa: ampliar y purificar la mirada desde una *“una inteligencia sintiente”* (Xubiri), una imaginación creativa, con un “corazón que ve” y actúa en consecuencia desde lo “ambiguo y opaco”. Una mirada que cuida fragilidades para *“escuchar los lejanos corazones, cuidar que ninguna queja se me oculte, ninguna lágrima se me esconda”*. Cuando solo vemos ausencia de Dios y quejas recurrentes por los malos tiempos que nos tocan, tenemos una mirada que no ha aprendido a reconocerlo en la nueva realidad. Nuestro mundo, lleno de contradicciones y desafíos, sigue siendo creación de Dios y objeto de su amor misericordioso *«Encontrar a Dios en todas las cosas, a él en todas amando, y a todas las cosas en él»* (Constituciones, 228)

Como vivimos tiempos de “invisibilidades”, donde la desmesura de los estímulos, nos hacen ciegos para discernir e incapaces de actuar, necesitamos una Pedagogía de la Fraternidad que nos ayude a superar de miradas desde lo abstracto, a histórico, formal, prisioneras de un intelectualismo racionalista y de un eticismo sin bondad. Que nos rescate de miradas melancólicas por lo perdido, apocalípticas por la «tragedia» del presente y de miradas agobiadas por coyunturas sin horizontes. Que nos invite a una mirada que se hace cargo de las “periferias existenciales”, ayudando a los jóvenes a compartir *“junto a los pobres los descartados del mundo, los vulnerados en su dignidad en una misión de reconciliación y justicia” con “el cuidado de la casa común” asumiendo el compromiso de educar para un futuro esperanzador* (Preferencias Apostólicas, 2019). Desde un Dios para el cual lo primero es la misericordia, que se inclina a favor de los empobrecidos y que es amigo de la vida, somos invitados a ser mediadores de esperanza y activos testigos de la fraternidad.

El ejemplo de Ignacio Peregrino que sigue a Jesús “pobre y humilde”

Finalmente, “en lo grande y en lo pequeño” de las raíces ignacianas está el propio Ignacio con su ejemplo. En el centro de la espiritualidad ignaciana podemos descubrir una profunda fraternidad. Ignacio peregrino, en su proceso de conversión, fue conducido al

paisaje desolado de la periferia: la mendicidad, el hambre, la incertidumbre. Cuando mayor era el despojo, mayor era la experiencia de Dios al ser expulsado de Tierra Santa, apaleado en Barcelona, burlado y encarcelado. Y funda la Compañía de Jesús pensándola como una presencia de la “periferia” en el “centro”. Cuando en las Constituciones exhorta a que “amen la pobreza como madre” (n. 287) se está refiriendo a esa presencia de la intemperie en el amparo de las estructuras. San Ignacio conoce la fecundidad de la pobreza, la experiencia de la otra visión del mundo que se contempla desde abajo y se hace solidaria con ella. Así, le recomienda por carta a los estudiantes de Padua la amistad con los pobres y excluidos; aprenderán mucho de los que nada tienen. Esta propuesta de Ignacio está fundamentada en dos intuiciones: el seguimiento de Jesús “pobre y humilde”, como modo de transformación interior, y la transformación interior como paso que lleva a la misión de transformar el mundo siendo testigos del Evangelio. Lo esencial de la identidad de Ignacio es su búsqueda incansable del “último lugar” para encontrar a Jesús. En Él se da el máximo desplazamiento del centro a la periferia: la encarnación del Hijo, el abajamiento hasta la muerte en Cruz. La vida espiritual a la que nos invita Ignacio, desde los Ejercicios Espirituales, es este desplazamiento interior, para que el impulso de dominación se transforme en Amor, que es el modo de hacer de Dios desde abajo. Es una pedagogía para atraer la “pulsión del Eros” y convertirla en “Ágape”, en servicio, como lo recuerda Benedicto XVI en su primera Encíclica. Y el ágape es la condición existencial que abre el corazón a una auténtica fraternidad

Esta es una de las señales de identidad más fuertes de la vida cristiana y de la espiritualidad ignaciana: la capacidad de compadecerse frente a los hombres y mujeres, cualesquiera que sean, y de ejercer la misericordia. Es el corazón del buen samaritano. Esta misericordia ha de realizarse en un discernimiento constante de los medios necesarios para aliviar el dolor ajeno, de los tiempos para ejercerla, de las capacidades a emplear por el bien del prójimo, de la apelación a otras fuerzas humanas para venir en ayuda del herido, del enfermo, del encarcelado, del excluido.

Así, la actitud fraternal y solidaria, especialmente con el “otro necesitado”, expresa el sentido más profundo de la vida del cristiano, porque es imagen humana de la solidaridad divina y tiene como Maestro a Jesús, que dio su vida por nosotros “en nombre del Padre”. Para un cristiano no es un “anexo “de la moral y las buenas costumbres”. Pertenece al núcleo

fundamental de nuestra fe en un Dios solidario: el horizonte de la fe se expresa en un estilo de vida donde el amor a Dios se “encarna” en el amor al prójimo. Lo dice Fratelli Tutti: *“los creyentes pensamos que sin una apertura al padre de todos no habrá razones sólidas y estables para el llamado a la fraternidad”* (FT, 272)

El camino de la educación ignaciana

En lo grande y en lo pequeño, caminando desde la antropología cristiana y el nuevo humanismo social, con el discernimiento y el acompañamiento y con la raíz santa de Ignacio somos parte de una tradición vivía en el Siglo XXI. La opción es estar despiertos, permanecer alertas, *“llenar de aceite nuestras lámparas”* (Mt.25, 1-13), educándonos en la capacidad de aceptar la provocación del tiempo como “kairós”. Y la provocación de este tiempo de Esperanza es la opción solidaria, el llamado a la fraternidad sin el cual ni la libertad ni la igualdad se sostienen. Como Ignacio, como los jesuitas y laicos que se atrevieron y se atreven a mirar más allá de si mismos para reconocer a Dios en el prójimo y seguir al Jesús “pobre y humilde”. Con una Pedagogía de la mística de los ojos abiertos que nos ayuda a percibir a toda la realidad. Con una Pedagogía de la mística de los ojos cerrados para discernir la voluntad de Dios en lo profundo de nuestro corazón (González Buelta). Y la Pedagogía Ignaciana como modo de proceder y estilo educativo nos abre a nuevas fronteras y horizontes. Es construir comunidad y habitar allí donde todos huyen y simulan. *“Poner la tienda”*, reconocer *“tierra sagrada”* donde otros solo ven tierra arrasada. Son los rostros, las personas, no las cosas. Es habilitar la Palabra, su escucha y su comunicación. Hacerse cargo del otro y dejarse interpelar por el Otro. Asumir a la cruz en la alegría de la Resurrección.

Se trata de educar, en el marco de la formación integral, una nueva sensibilidad que *“amplíe nuestra mirada”* superando la indiferencia hacia el dolor del otro y el refugio en el propio narcisismo. Es educar, permanentemente, en una cultura solidaria que supere el *“flash reactivo”* de solidaridad superficial ante situaciones límites y una *“ética débil”* de compromisos efímeros y poses marketineras. Nuestro *“gen”* fraternal, nuestra raíz ignaciana se revela, así, como una necesidad del que se sabe y siente *“ob-ligado”* a la gratuidad sin la mediación de derechos y deberes sino *“porque sabe y siente con otros, desde la abundancia del corazón*. Es un *“bien de gratuidad”* que no se puede exigir como derecho, porque no se puede satisfacer por deber como bien dice Adela Cortina. Por eso, ser y hacerse hermano y

solidario es educar en la solidaridad, en la gratuidad y en el reconocimiento del otro. Es el Evangelio donde está la raíz más profunda: *“como yo os he amado, así os améis también vosotros los unos a los otros porque justamente en esto conocerán todos que sois discípulos míos, si os tenéis amor los unos a los otros”* (Jn13, 34,35)

En tiempos de contextos alterados, de renovada convocatoria a una nueva fraternidad nos puede ayudar la parábola de la vid y los sarmientos (Jn 15,1-1) para examinarnos en nuestra misión educativa, en nuestro influjo para la construcción del “nosotros”. Se trata de examinarnos en el caminar cuando muchos quedan al costado paralizados en una tristeza individualista, en el construir encuentros cuando algunos destituyen como los saltadores del camino, en el confesar nuestra fe y ayudar al caído cuando otros *“pasan de largo”* como el sacerdote y el levita (*Fratelli tutti*, Cap. 2). Es una invitación a podar lo que perdió sabor y sentido, para dar mejores frutos y permanecer ligados al tronco que nos da vida, al Jesús que nos salva y nos misiona a educar y ser artífices de su Paz. Invitación a la alegría de la esperanza, en cuyo corazón debe estar la paciencia, sin cansarnos de hacer el bien, aunque el contexto sea adverso. Paciencia que aguanta la tensión entre lo que somos y lo que queremos ser. Paciencia que es coraje espiritual de no ceder a la desesperanza, a la violencia y al consumismo adictivo, confiados en la misericordia de Dios, siempre mayor a nuestros fracasos, dolores y lágrimas.

Así, en lo grande y lo pequeño, para renovar nuestra misión en clave de fraternidad, pedimos al Señor de la Historia que renueve nuestro corazón con dos actitudes hoy imprescindibles: coraje (*parresia*) y constancia (*hypomoné*) recordando aquello de San Pablo *“Nosotros no somos hombres de cobardía para la perdición, sino de fe para la salvación”* (Hb.10, 35)